



Andrés Aubry*

EL TEMPLO DE SAN NICOLÁS DE LOS MORENOS:
UN ESPACIO URBANO PARA LOS NEGROS DE
CIUDAD REAL

Resumen

Durante la restauración del templo de San Nicolás de los Morenos, al cotejar el monumento con los documentos, surgió la evidencia de que su fundación y sus sucesivas transformaciones se explican por los negros de San Cristóbal de Las Casas. De ahí surgen nuestras dos aproximaciones: (1) que varios manuscritos —testamentos de obispos, procesos de la Inquisición, censos y peripecias de la insurgencia, entre otros— permiten seguirle la pista al destino de los negros, quienes fueron sucesivamente esclavos, personal de confianza pero vulnerable a las prácticas de la hechicería, mano de obra calificada, fugitivos en la clandestinidad y aliados de rebeliones indígenas o, por el contrario, paramilitares; y (2) que la información del monumento les sirve de espejo porque fue administrado por ellos mismos. La ubicación urbana del edificio de la gente de color permite además reconstruir el contexto social en el cual tuvo que desenvolverse antes de diluirse en el resto de la población a partir del siglo XIX.

THE CHURCH OF SAN NICOLÁS DE LOS MORENOS:
AN URBAN SPACE FOR THE BLACKS OF CIUDAD REAL, CHIAPAS

Abstract

When the Church of San Nicolás de los Morenos was being renovated, a study of the monument itself, as well as documents relating to it, shed light on the role of blacks in San Cristóbal de Las Casas. Examining the church's origins and evolution reveals two features: (1) that numerous records—those pertaining to the wills of bishops, trials of the Inquisition, census counts, the vicissitudes of insurgency—allow us to trace the fate of blacks as, in turn, slaves, trusted personnel, suspected practitioners of witchcraft, skilled workers, clandestine fugitives, and supporters of Indian uprisings or paramilitary mercenaries; and (2) that information about the church acts as a kind of mirror, because it reflects its black administration. The urban setting of the structure, furthermore, allows us to reconstruct the social context in which blacks operated, before they were absorbed into the population at large in the course of the nineteenth century.

* Andrés Aubry, originario de Francia, es antropólogo e historiador. Realizó estudios de etnosociología en la Universidad Saint Joseph de Beirut, de historia en el Institut Catholique de Paris y de etnología en la Sorbonne. Es director del Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de Las Casas y su labor académica actual se relaciona con un seminario sobre la traducción de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar sobre derecho y cultura indígena en diez idiomas de Chiapas. Obtuvo el premio Chiapas de Ciencias en 2001. Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el VIII Encuentro Nacional de Afromexicanistas en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, en agosto de 2000.

© Mesoamérica 46 (ENERO-DICIEMBRE DE 2004), PÁGS. 135-151



Chamulas frente al templo de San Nicolás de los Morenos

Fuente: Sidney David Markman, *San Cristóbal de Las Casas* (San Cristóbal de Las Casas: Patronato Fray Bartolomé de Las Casas, 1987), entre págs. 20 y 21.



La ciudad de San Cristóbal de Las Casas, la otrora colonial Ciudad Real, tiene la reputación de ser una capital indígena. Efectivamente lo es por el diseño urbano de sus barrios del siglo XVI que, a pesar de sus trastornos, guardan recuerdos inconfundibles de su población étnica. También lo es por su conjunto monumental que ha dado a sus templos fachadas de “iglesia de pueblo de indios”;¹ por su nombre en memoria del fundador de la diócesis que ostentó el título de “procurador universal de los indios”; y por su penúltimo sucesor, Samuel Ruiz, que se identificó con él y con ellos durante 40 años que trastornaron la historia de Chiapas. Esta densidad indígena, inscrita en su gente y en su tejido urbano, oculta una población hoy desaparecida, pero presente durante siglos: la de los negros. Si bien el fundador fray Bartolomé de Las Casas encaminó la diócesis hacia la opción preferencial por el indígena, medio siglo después, el obispo fray Juan de Zapata y Sandoval, uno de sus sucesores, tomó una opción preferencial por los negros y fue el constructor del templo de San Nicolás en su primera etapa.

Antes de examinar el monumento, analizaremos en qué humus urbano surgió, qué vertiente de la sociedad local reflejaba y qué contexto demográfico lo hizo necesario. Un monumento no es solamente un inmueble o adorno urbano. Es también un texto cultural que pretende socializar en la calle un mensaje para crear una conciencia colectiva. En nuestro caso, en su arquitectura se manifestó la población negra de la ciudad. Descifraremos también sus sucesivas etapas constructivas y los estilos en que se expresaron.

LA POBLACIÓN NEGRA DE CIUDAD REAL

PRIMER TESTIMONIO (SIGLO XVI)

El documento más antiguo sobre los negros existente en el Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de Las Casas es el testamento de 1568 del segundo obispo efectivo de la diócesis de Chiapa, el inmediato sucesor de de Las Casas, fray Tomás Casillas.² Cuando era fraile, fue un discípulo modelo

¹ Concepto acuñado por Sidney David Markman en varios artículos suyos y en su *Architecture and Urbanization in Colonial Chiapas, Mexico* (Philadelphia: American Philosophical Society, 1984), cap. 6 y la introducción de su sexta parte “The Pueblo-de-Indio Church”.

² *Boletín del Archivo Histórico Diocesano* (en lo sucesivo *BAHD*) I: 1 (1981), págs. 109, 1011, 1233 y 1444. En esta colección, la primera cifra en números romanos es el volumen, las siguientes son los números del mismo volumen (hasta 6 por volumen).



de fray Bartolomé, quien por este motivo lo había nombrado su vicario general. Sin embargo, al ascender a la dignidad episcopal hizo y tuvo todo lo que no hizo ni tuvo su maestro: fortuna, haciendas, estancias, labores, ganados, casas, armas, esclavos y negros.³ El documento testimonia que ya en el siglo XVI los negros no eran una excepción en Chiapas ni en San Cristóbal. También informa sobre su condición (servicio doméstico, trabajo en haciendas) y da indicios de su número y hasta su valor monetario: 210 pesos de oro —confesando el obispo que era una suma inferior a su precio real—, los que podemos evaluar como el doble del costo de un elegante retablo mencionado en el mismo testamento. Otra información interesante es que, si la fidelidad y los servicios de sus padres se habían ganado consideración, los hijos de esclavos negros podían esperar que se les concediera la libertad pero solamente después de la muerte de sus amos.

AUGE URBANO DE LA POBLACIÓN DE COLOR EN EL SIGLO XVII

Fray Juan de Zapata y Sandoval (1613–1621) fue otro titular de la sede diocesana. Fue el primer obispo mexicano nacido en la ciudad de México y el único fraile agustino de la dinastía episcopal de Chiapas. Consciente de ser el primer obispo criollo, soñaba con un país y una Iglesia autóctonos, es decir dirigidos ambos por los nativos de América en vez de los acostumbrados peninsulares; es el primer apóstol de la Patria Grande. Su notorio humanismo se manifestó en dos circunstancias: la primera al enfrentar y refutar a la Inquisición cuando condenó a Antonio de Remesal, el cronista de la diócesis, y a de Las Casas; y la segunda al tomar una nueva opción pastoral preferencial, la de los negros.

Medio siglo después de Casillas, los negros conformaban una población relevante en Chiapas porque vinieron a sustituir a la escasa mano de obra indígena que iba desapareciendo. A partir de entonces, en los portales de la Plaza Mayor, en medio de la animación que describe Tomás Gage en 1626, a la hora feliz de los coletos, “a cosa de las cinco” de la tarde, el personal especializado de los corredores de esclavos, con los pregones acostumbrados, ofrecía negros a la venta.⁴

³ Recordamos que, antes de llegar a su obispado, de Las Casas había reconocido sus errores sobre la esclavitud de los negros, se había arrepentido y había adoptado disposiciones correctivas. Véase su *Historia de las Indias*, edición facsimilar de José M. Vigil, 2 tomos (México: Editora Nacional, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz, 1877), II, cap. cii, pág. 370, cap. cxxix, pág. 432 y I, págs. 78 y subsiguientes.

⁴ *BAHD* I: 3 (1982) *Especial San Cristóbal*, pág. 8.



La escasez de mano de obra y su importante demanda subía los precios. Cada uno de los esclavos era una inversión tan costosa que la Corona ofreció un crédito real para conseguirlos. Si en tiempos de Casillas un negro valía aproximadamente el equivalente a dos retablos finos, en el siglo siguiente era la inversión obligada de quien quería aumentar el valor de su hacienda. La administración colonial fomentaba y apoyaba la compra de negros con facilidades bancarias, tal como hoy día se incentiva el equipamiento de campo a través de créditos blandos.

Luego los hacendados de Chiapas entendieron que la inversión se repenía más rápido al comprar mujeres negras, porque así se reproducían solos y sin costo. El mejor anuncio de venta de una propiedad rural productiva era el que mencionaba el número de sus negras y mulatas, las que se vendían negociando, en paquete o aparte del casco o asiento de la finca como el ganado o la maquinaria en nuestros días. En todo caso, y esto ya desde los tiempos de Casillas, la propiedad de negros era un capital tanpreciado que se legaba en herencia.⁵ Tan fue así que la información desperdigada en el archivo sobre esta población de color se debe buscar en los renglones de dinero y bienes.

Lo anterior vale para todo Chiapas pero se tramitaba en San Cristóbal. Ésta, fundada en 1528, se había planeado desde sus orígenes como una ciudad dual: con *recinto* o centro español y *barrios* indígenas, cada uno identificado por su etnia y administrado por una orden religiosa (el de Mexicanos por mercedarios, el del Cerrillo por dominicos, el de San Antonio por franciscanos) y por su templo. Así se había estructurado el conjunto urbano, pero la mortandad de las epidemias arruinó o volvió caduca esta estructura de tal forma que, cuando los negros vinieron a reponer la mano de obra indígena, nada estaba preparado para recibirlos y atenderlos.

Con sus opciones pro negros, el obispo Zapata decidió colmar este vacío urbano. En el primer cuadro de la ciudad, en pleno recinto y no en la periferia como los barrios indígenas, les construye una ermita que fue a la vez lugar de culto, centro social de encuentro internegros y panteón para sus muertos. Llamó a la capillita San Nicolás de los Morenos, por afecto a un santo de su orden (San Nicolás de Tolentino) de extracción tan humilde en Europa como la de los negros en América.

Dos décadas después, el anciano monje jerónimo, fray Domingo Ramirez de Arrellano Villaescusa, obispo de Chiapas de 1641 a 1651, otorgó a estos negros el rancho de Nuestra Señora de la Encarnación, en terrenos de lo que en el siglo XIX habría de ser el barrio de San Ramón (véase Plano topográfico

⁵ Véase unos ejemplos en *BAHD* III: 3–4 (1986), *Chiapas en vilo*, págs. 21 y subsiguientes para la venta de una hacienda con sus esclavos y mulatas; y págs. 12 y subsiguientes para los negros y mulatas dejados en herencia.



en pág. 141), asociados a la reciente cofradía del mismo nombre para que los negros y mulatos de San Nicolás tuvieran con qué sostener su ermita y sus actividades.⁶ Medio siglo más tarde, este centro de atención pastoral tendría tanto éxito y la población de color se multiplicaría tanto que otro obispo, el dominico Francisco Núñez de la Vega (1684–1706), un colombiano de Cartagena —por lo tanto criado entre negros—, tumba la vieja ermita y edifica una nueva capilla más grande, el actual templo de San Nicolás.⁷ Esta opción fue una revolución urbana pues el nuevo templo, por su amplitud, competía con la pequeña catedral de entonces, desde la mera Plaza Mayor, cuando todos los barrios indígenas estaban en la periferia.

NICOLÁS DE SANTIAGO:

UNA BIOGRAFÍA AFROCHIAPANECA DEL SIGLO XVII

Antes de ser obispo, Núñez de la Vega fue gran inquisidor. Una vez en la silla de Chiapas, se dio a la misión de extirpar la idolatría. Esta preocupación, tratándose de negros e indígenas, era de la competencia de tribunales de excepción que obligaba a concertaciones entre los privilegios de la inquisición y los del obispo, quien se reservó los delitos de superstición. El intercambio de correspondencia entre estas dos instancias y sus respectivos interrogatorios ofrece más información sobre la vida cotidiana de los negros. Podemos así reconstituir la biografía —como botón de muestra— del mulato libre Nicolás de Santiago, quien, entre otras amistades, tuvo vínculos con otro negro libre. Su libertad enredaba más todavía el litigio canónico.

De muchacho, Nicolás estuvo al servicio de un clérigo de rango de Ciudad Real que tenía el título de bachiller. A los 12 años, este mulato libre ofrece sus servicios a una hacienda de los dominicos en San Lucas, en los valles centrales. Seis años más tarde va a trabajar en el norte, por Ixtacomitán, y se casa con una mujer zoque, la que al parecer muere al darle su tercer hijo. Regresa a los valles centrales para ser vaquero en una estancia dominica de los Cuxtepeques, función que, como sucede todavía hoy en día en el medio rural, lo predispone a tener conocimientos de curandero (lo que fue su delito), pues sabía de salud para ganado y la gente sin doctor lo consultaba; de allí se pasa al Soconusco, desde donde es mensajero de confianza de sus patrones para mandados hasta el istmo de Tehuantepec; de paso, encuentra otros tra-

⁶ Manuscrito inédito del Archivo Histórico Diocesano, ref. San Nicolás, IV. A.1, 1645.

⁷ La vieja ermita estaba frente al Palacio Episcopal de entonces, construido por Bravo de la Serna, en el espacio ocupado ahora por una oficina de Hacienda, frente al anexo del actual Hotel Diego de Mazariegos.



Cuerpo N.º de Ingenieros

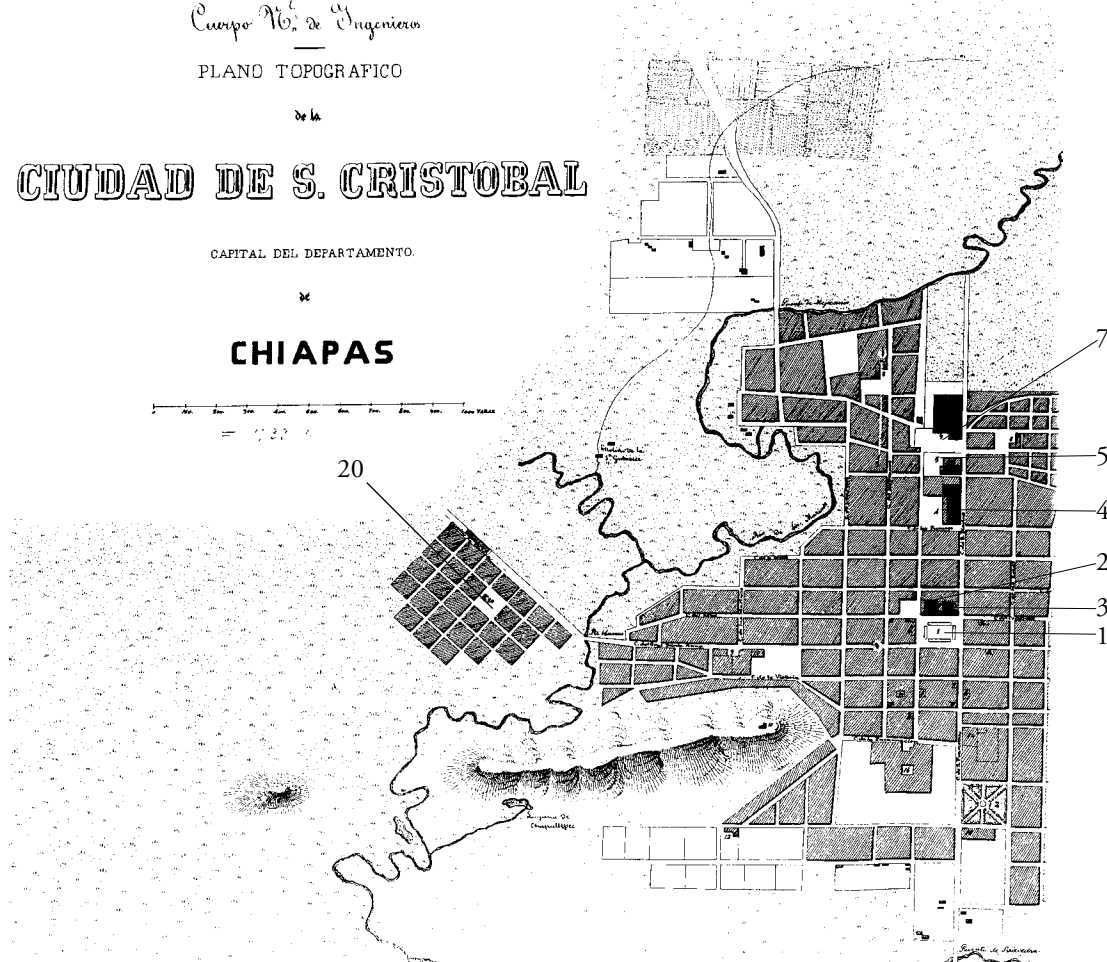
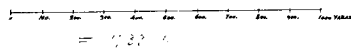
PLANO TOPOGRAFICO

de la

CIUDAD DE S. CRISTOBAL

CAPITAL DEL DEPARTAMENTO

CHIAPAS



De arriba (norte) hacia abajo:

- | | |
|---|---|
| 7. Conjunto de Santo Domingo | 1. Plaza Mayor |
| 5. Templo de Caridad | 20. (A la izquierda extrema de la mancha urbana, del otro lado del río) barrio de San Ramón construido sobre los terrenos del rancho de la Encarnación. |
| 4. San Juan de Dios (templo, convento, hospital, panteón). Ya no existe | |
| 2. Catedral; y | |
| 3. San Nicolás | |

Aunque carece de fecha, este plano de la Mapoteca Orozco y Berra, México D. F. se puede datar por su *terminus a quo* (1852), periodo de la creación del nuevo barrio de San Ramón que ya aparece, y por su *terminus ad quem* (ca. 1890), cuando San Juan de Dios que todavía aparece cayó en ruina.

Como se ve, San Nicolás de los Morenos (3) ocupa un envidioso lugar céntrico: en el *recinto* o casco de la ciudad reservado a españoles y criollos, junto a la catedral y frente a la Plaza Mayor, cuando las iglesias de indios están todas sin excepción en la periferia de los *barrios*, al margen de la mancha urbana.





bajos de vaquero por Cintalapa, Jiquipilas y Ocozocoautla, lugares en donde abundan las cuevas para prácticas de hechicería. Allí tendrá seis hijos de un nuevo matrimonio, ahora con una mulata libre como él. Por esos lares ascenderá a regidor de la parcialidad, pero allí hechizaron al hechizador en donde cobró el mote de “El Renegado”. Después de seis meses de cárcel y 200 azotes, terminó su vida, en expiación, al servicio gratuito del convento de los franciscanos de Ciudad Real.⁸

El éxito de los negros en curaciones con rezos y hierbas les dio mucho prestigio entre los tzeltales de Oxchuc, a tal extremo que el obispo Núñez de la Vega creyó que un “ídolo” de ellos, llamado Poxlón (cuyo nombre viene de *poxil*, “remedio”), era un “santo” negro, siempre en la compañía de “Ical Ahau en figura de feroz negro”, y lo quitó del templo con una humillante ceremonia de expiación en la que la feligresía tuvo que escupir sobre los ídolos cantando el credo.⁹

En tal contexto, en el que los negros y mulatas se salían del jacal con demasiada facilidad, se entiende la solicitud de Núñez de la Vega al proporcionar a los “buenos” negros un centro de atención pastoral eficaz, de ubicación estratégica, en el San Nicolás ampliado.

LA POBLACIÓN DE COLOR EN EL SIGLO XVIII

En mi estudio de la población urbana de San Cristóbal, encontré 36 cómputos, no todos con la misma confiabilidad, para cubrir 462 años de la ciudad, o sea uno cada 13 años en promedio.¹⁰ Pero hasta 1777 no aparece ninguna cifra para cuantificar a los negros y mulatos. Los datos del párrafo anterior explican por qué si tomamos en cuenta las categorías censales; si los negros se cuantifican dentro del renglón de dinero y bienes, no pueden figurar dentro de un censo que, según los criterios de entonces, tiene sucesivamente el objetivo, en el siglo XVII, de identificar el número de *vecinos* (o sea quienes gozaban del derecho de poseer casa, sitio y hogar y, por lo tanto, de tener voz en el cabildo —lo que no tenían los negros, hospedados por ellos en su casona urbana o en su rancho) y, en el siglo XVIII, de empadronar a los *vasallos* (españoles, criollos, mestizos e indígenas, lo que no eran los negros

⁸ Las piezas del expediente están dispersas en las págs. 5, 16, 24, 29 y 44 del *BAHD I: 5* (1983), *Hechicería y culturas indígenas*.

⁹ *BAHD I: 5* (1983), *Hechicería y culturas indígenas*, pág. 10, que es un extracto de la extensa IX Carta Pastoral del obispo Núñez de la Vega.

¹⁰ Andrés Aubry, *San Cristóbal de Las Casas: su historia urbana, demográfica y monumental, 1528–1990* (San Cristóbal de Las Casas: Instituto de Asesoría para la Región Maya, A. C., 1991), parte II (caps. 9–13).



pues sólo eran esclavos). Luego, a partir del fin de la década de 1780, los ideales de la Ilustración y de las nacientes democracias, si bien reconocen las castas como dato etnológico, como por ejemplo la clasificación de Alexander von Humboldt, prohíben que los conteos distingan entre blancos, negros y morenos pues todos son gente y, a partir de la Constitución de Cádiz (1812), todos son ciudadanos. Además, por esas fechas, los negros consiguen el derecho de comprar su libertad, de casarse con blancas y, al mezclarse, la población de color se va diluyendo en el mestizaje.

Con esos condicionamientos sociales, tan sólo dos censos del obispo Francisco Polanco (1777–1784) contabilizan la población negra de Chiapas porque, para este obispo ilustrado, la única categoría humanista que importa es la de “almas”. Hizo dos censos a sólo un año de distancia: el primero probablemente para conocer la situación de su diócesis al llegar en 1777 y el segundo, en 1778, para acatar un pedido del rey. Siendo dos excepciones en la documentación censal global, son más indicios que información, pero su análisis cualitativo proporciona datos importantes.

En 1777, la población de Ciudad Real es la de una típica ciudad media de este periodo colonial, con un poco más de tres mil “almas”.¹¹ Su población negra o mulata es un 20% de este total, más grande que la de los españoles (un 15%) y apenas superior a la de los indígenas (19%), los demás siendo mestizos. Estamos en el siglo XVIII, cuando había pasado ya la gran depresión demográfica, es decir con un notable repunte de la población indígena que hace a los negros menos indispensables que en el siglo anterior. En cifras absolutas, éstos son 632 en la ciudad.

Al año siguiente, las cifras parecen aberrantes pues, en tan sólo un año, la ciudad tiene 1,500 habitantes más, los indígenas 1,100 más, siendo ya 38% del total, y el número de blancos (españoles o criollos) no varió en comparación con el año anterior. Los negros y mulatos son 707, o sea un 15% del total urbano. En la fecha, la población de Chiapas es 78,506, incluidos sus 1,477 negros (un 1.88%).¹²

¿Cómo explicar esta caótica variación? El obispo da un primer norte al informar al rey que las dificultades geográficas y sociales del censo le quitan en realidad “una sexta parte de almas” (16.88%), y otro tanto los que huyen al monte. Ya soplan vientos de libertad, los indígenas no aguantan el tributo y se esconden, y los negros escogen la libertad.

Pero queda por explicar el súbito ascenso de la población de San Cristóbal y entender el papel social de los negros. En tres informes de Polanco al rey

¹¹ Esta aseveración se documenta en Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, pág. 115.

¹² *BAHD* II: 1 (1985), *Francisco Polanco, analista de Chiapas*, págs. 54B–59A.



en fechas vecinas (marzo y noviembre de 1778 y marzo de 1779), el obispo explica al poder los efectos de la marginación, el impacto de viejas deportaciones postrebeliones, cuya consecuencia es la desaparición de ocho pueblos y la más que previsible extinción de 24 otros.

En la fecha, San Cristóbal tiene un hospital tan eficiente como lo permite la época, de tal forma que cuando surge una epidemia, de repente se llena la ciudad de gente del campo para guarecerse (y pasado el peligro, regresará a sus ranchos) y, como sucede hoy en día, quienes se sienten indeseables se refugian perdiéndose en las barriadas de la ciudad. Ya desde los temibles tiempos de la depresión demográfica, los negros son mucho más resistentes a las epidemias que los indígenas, y regresan menos que ellos a la ciudad. Además, buscan la clandestinidad por ser rebeldes: estaban entre los cabecillas que, ya desde 1701 y 1706, idearon la rebelión indígena de Cancuc de 1712; hasta habían planeado una gran marcha multiétnica hasta México y establecido contactos en el istmo, en Tehuantepec y Acayucan, para asegurarla; luego reaparecen para revivirla con zoques, choles y tzeltales en 1727 como tuvieron que confesarlo bajo tormento, “con un par de grillos a los pies”, contestando bajo tortura las embarazosas preguntas de un interrogatorio militar.¹³

LOS NEGROS SE DESPIDEN CON LOS VIENTOS DE LA LIBERTAD

Ya sabemos entonces que, desde la segunda mitad del siglo XVIII, los negros aspiraban a la libertad. En el XIX tuvieron dos oportunidades de conseguirla. La primera era comprándola porque en esas fechas muchos esclavos eran ricos. Por haber sido trabajadores calificados —por ejemplo en el trabajo del oro— y los únicos brazos fuertes que aguantaban faenas ante las que se doblegaban los mestizos y blancos, y por haber sido el único sustituto para trabajos que no podían desempeñar los indígenas por su debilidad física, los sueldos de los negros eran muy altos. Tanto así que, en su iglesia urbana de San Nicolás, por 1770, costearon ellos mismos, sin ayuda de nadie, una modernización de su capilla, con un presbiterio barroco, pinturas en soleras de un artista titulado y un retablo de madera tallada y dorada con hojas de oro y cuatro lienzos.

En 1813, cuando se inició la insurgencia en Chiapas y Centroamérica, se les ofreció una faena sucia a la que se prestaron de mala gana: serían los paramilitares de los combates contrainsurgentes. En esa fecha, el capitán insurgente Matamoros, desde Tonalá en la frontera Oaxaca/Chiapas, despachó comunicados por doquier: por ejemplo en español a Tonalá y al obispo, o en

¹³ BAHD V: 6 (1997), *La zona norte de Chiapas: escenarios, procesos, actores*, págs. xiii y subsiguientes, además de los textos de las págs. 9–21.



zoque a Coita. Tuvo una acogida sorprendente en esta periferia de México; por ejemplo, los albañiles y peones indígenas de la restauración de la catedral de San Cristóbal, dañada por el temblor de 1804, organizaron la primera huelga de la historia chiapaneca, abandonaron sin terminar la construcción de su bóveda catalana —la que sigue frágil desde entonces— y consiguieron la solidaridad del personal de servicio del hospital de San Juan de Dios. Las milicias locales respondieron con tanto desgano que parecían cómplices de los rebeldes; el intendente pidió ayuda a las de Guatemala cuyo infortunado capitán, Manuel Fernando Dambrini, para excusar sus fracasos, tuvo que confesar “aquí, hasta las piedras son insurgentes”.¹⁴ Para remediarlo, el ejército español prometió su apoyo y embarcó, pero apenas llegado a Veracruz empezó a combatir y nunca llegó a Chiapas. Entonces es cuando el gobierno local de Chiapas buscó en las fincas a “negros feroces” para contratarlos de paramilitares. La medida tuvo el mérito de indicarnos de dónde provenía la reserva de mano de obra que fue nuestra población de color: este “azote de rebeldes”, levantado por levas metódicas, provenía de Juquila, en Oaxaca, de Omoa y Trujillo, en Honduras, y hasta 700 de ellos del Caribe, en La Habana.

La segunda oportunidad de conseguir la libertad era colocarse del buen lado, aquel de los ganadores históricos, el de la insurgencia, o sea ir tendiendo sus velas a los vientos de la libertad. En el México periférico, la insurgencia le movió el piso a todos: a frailes y clero, ejército, indígenas, hasta personalidades españolas y, por supuesto, a los negros; todos se iban reposicionando. Los que no aceptaron el trabajo sucio de los paramilitares aprovecharon la gran movilidad de su condición y los momentos favorables para ir a tomar alcaldías, no en Chiapas, que estaba demasiado cerca del eventual control militar de México, pero sí en las ciudades centroamericanas;¹⁵ se justificaban no con la Constitución de Cádiz sino con la rebelde de Apatzingán. Después de haber saboreado la libertad, no volvieron a sus viejas faenas y se reciclaron dentro de la sociedad.

A partir de aquel entonces, el templo de San Nicolás deja de ser *de los morenos* y también se recicla dentro del tejido urbano y monumental, convirtiéndose sucesivamente en capilla de coro de los canónigos —prueba de que la renovación que de él hicieron los negros era más que decente: honorable—, luego en cárcel durante la Reforma y, finalmente, en sagrario de la catedral.

¹⁴ Carta del obispo Ambrosio Llano a un amigo del 20 de junio de 1813. Véase *BAHD V: 4–5, Los insurgentes y el obispo de Chiapas, 1810–1815* (septiembre de 1996), págs. 24, 67 y 82.

¹⁵ Véanse los textos de *BAHD V: 4–5, Los insurgentes y el obispo de Chiapas*, y una sistematización clasificada de los mismos en su glosario: en las palabras “Ynsurgentes”, “Negros” y “Ramírez”.



EL SELLO MATERIAL DE LOS NEGROS EN CIUDAD REAL

LA ERMITA DEL OBISPO ZAPATA COMO PROTESTA URBANA
EN EL SIGLO XVII

En la época en que el obispo Zapata construyó San Nicolás no había nada entre la catedral y la iglesia de Santo Domingo de aquel entonces, ni barrio ni monumento. Este espacio baldío de cuatro cuadras actuales, previsto en la conquista como colchón de seguridad en caso de ataque indígena, el que ya no tenía objeto al principio del siglo XVII, esperaba su destino urbano. La catedral, mucho más chica que la actual, era “la iglesia bonita” que describe Tomás de la Torre y no tenía fachada al poniente porque abría sus puertas solamente al sur, hacia la Plaza Mayor que, si bien ésta estaba en el centro de la corona de barrios indígenas, no era el centro del llamado recinto, sino su extremidad norte porque era el lugar de donde salían las 12 calles de la traza de 1528.¹⁶

La primera etapa constructiva del templo de San Nicolás, en una fecha desconocida entre 1613 y 1621, fue una ermita que ya no existe. Su objetivo era llenar un vacío urbano, dando a los negros un lugar social. No se construyó en barrio indígena pues no eran indios, ni en el recinto ya que tampoco eran españoles, sino en un lugar baldío entre barrios y centro, a una cuadra al norte de la Plaza Mayor.

La ubicación de esta tierra de nadie se explica por la condición poco envidiable de los negros: esta nueva población era móvil (sin lugar fijo, iban a donde se les contrataba) y sin hogar pues, como los acasillados de hoy, vivían donde trabajaban; es decir, en alguna finca o en la mansión del amo que los había comprado y quien desde allí los despachaba a donde se les necesitaba. La construcción de esta ermita por el obispo Zapata debe entenderse a la vez como una protesta contra el vacío social inhumano en que los negros estaban cohibidos a moverse y como un nuevo uso del templo: no sólo un lugar de culto sino además un centro social integrador, lo que confirma el obispo Villaescusa al dotarlos de un rancho, el de la Encarnación, en otro terreno baldío de la ciudad (véase Plano topográfico en pág. 141).

Los tiempos en que se construye la ermita casi coinciden con los de Gage en 1626, entre los pontificados de Zapata y de Villaescusa. Es tan humilde que ni la menciona en su descripción de la ciudad.

¹⁶ Véase la reconstitución tentativa de la Ciudad Real primitiva en Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, nota 9, págs. 20–21 y 25.



FORMALIZACIÓN Y CONTROL DEL ESPACIO URBANO DE LOS NEGROS

La opción del obispo Zapata tuvo tanto impacto que la población negra de San Cristóbal creció a tal extremo que la ermita fue demasiado chica y disfuncional. Es cuando el obispo Núñez de la Vega, a fines del siglo XVII, en su largo mandato inicia con el actual San Nicolás una serie de construcciones tanto en San Cristóbal como en otros pueblos de su diócesis —Teopisca, Oxchuc, Tila y Cancun, entre otros.¹⁷

El espacio baldío entre catedral y Santo Domingo en que se erigió la ermita de los negros era el inmenso parque de los Jardines del nuevo Obispado. El obispo recorre la ermita unos cincuenta metros hasta la Plaza Mayor, lo que le obliga a cambiar su orientación, abriendo ya no al oeste sino al sur, y aprovecha la oportunidad para ampliarla con una nave de unas veinticinco varas, más el presbiterio y el sotocoro y para darle un atrio. En la rústica Ciudad Real de aquel entonces, el templo era tan vistoso que la vieja y pequeña catedral parecía una miseria, de tal forma que, apenas terminado San Nicolás, Núñez de la Vega echará a andar la construcción de la fachada actual de la catedral (al oeste), dejando a su segundo sucesor la tarea de armonizar el vetusto edificio con la flamante portada monumental.

Núñez de la Vega fue el último dominico de la dinastía episcopal de Ciudad Real, por lo tanto construyó San Nicolás sobre el modelo que Markman define como “iglesia dominica de pueblos de indios” en Chiapas. El modelo tenía dos criterios:

(1) El templo debía simbolizar la cabeza del cuerpo místico de Cristo, es decir de su Iglesia. Proyectado en el espacio, esto significa que tras el templo no hay nada y que ante él, *princeps et caput*, se desarrolla el pueblo como de la cabeza se desprenden cuerpo y miembros. Efectivamente, tras San Nicolás estaba un vacío urbano separado del campo por los Jardines del Obispado y Santo Domingo —no el actual templo sino una modesta iglesia anterior extra muros—, pero a sus pies empezaba la ciudad, atrio y plaza mayor de por medio. Con esta opción, San Nicolás lucía entonces como la iglesia más importante de la ciudad, lo que, ya fuese de intento o de refilón, dignificaba a los negros.

(2) El estilo arquitectónico tenía que ser mudéjar.¹⁸ Los mudéjares fueron los árabes que inyectaron su saber y su arte en los templos cristianos en la

¹⁷ Aquí resumimos las páginas que conciernen a este templo en Aubry, *San Cristóbal de Las Casas*, págs. 35–36 (cap. 3), 135–136 (cap. 14), 175–179 (cap. 17) y 226 (catálogo); y en Andrés Aubry, *San Nicolás: crónica de la restauración de un templo de San Cristóbal de Las Casas* (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Talleres Gráficos del Estado, 1992).

¹⁸ Para evitar confusiones, precisemos “mudéjar-colonial”, así como el barroco periférico, en nuestro caso es “barroco-colonial”.



reconquista de España. Imitar su estilo en Ciudad Real significaba, por una parte, que la Conquista del Nuevo Mundo se vivía sobre el modelo de la Reconquista del territorio de la península ibérica y, por la otra, que el nuevo moro era el indígena y, con San Nicolás, el negro también.

LOS NEGROS SE REAPROPIAN SU TEMPLO (SIGLO XVIII)

En el siglo XVIII, la población negra de San Cristóbal ya no era una miseria, aunque su esclavitud seguía siendo una vergüenza social por varias razones: ya no era una minoría de excepción, lo que le quitaba complejos; desde su capilla en la Plaza Mayor y su rancho de la Encarnación había conseguido un estatuto social (véase Plano topográfico); y sobre todo, la población negra era de trabajadores calificados, codiciados y con altos salarios.



La fachada de San Nicolás de los Morenos, con la persistencia de rasgos mudéjares (según Markman), antes de su restauración

Por 1770, los negros deciden darse un templo a su imagen y semejanza, o sea un reflejo de la dignidad que iban conquistando. Tenían los medios para hacerlo y lo hicieron como una protesta social. La administración colonial, que sobrevivía con la máxima “Divide y reinarás”, tendía a oponer negros a indígenas, polarizando las relaciones. Esta estrategia había nacido para com-



Izquierda: El templo de San Nicolás en obras de restauración. Octubre de 1992

Abajo: Restaurando arriba del arco toral del templo el escudo de la Encarnación —nombre del rancho de la cofradía de los negros— ocultado por alteraciones desde el siglo XIX y atribuido a Andrés Mazariegos. Octubre de 1992





batir las secuelas multiétnicas de la rebelión de 1712, en la que resistían juntos indígenas, negros y mulatos. Pero los negros de San Nicolás se negaron a prestarse a la jugada oficial. Para modernizar y embellecer su viejo templo, contrataron a una celebridad tzotzil, el pintor Andrés de Mazariegos, un ex peón de la finca de los Chinchilla por lo que es hoy día Venustiano Carranza, rescatado del azadón por el obispo Moctezuma, quien le consiguió una beca para estudiar arte en la Universidad de San Carlos de Guatemala.

La opción del decorador tzotzil, en congruencia con los gustos de la época, fue la de “barroquizar” el presbiterio del templo mudéjar. El tiempo de los moros había pasado. Los ex moros, con un brillante artista tzotzil que terminó sus días pintando en Europa, se convertían en la punta de lanza de la modernidad urbana de entonces, con las finuras del barroco.

EL DESPOJO DEL TEMPLO Y LA DILUCIÓN DE LA POBLACIÓN NEGRA (SIGLO XIX)

El último de nuestros periodos tiene sabor de epílogo. El templo de los negros era, a fines del siglo XVIII y en el XIX, una elegante iglesia con seis retablos de madera tallada cubierta de oro. Como la catedral, ya barroca también, daba estratégicamente a la Plaza Mayor de Ciudad Real. En el terremoto de 1804 y en el fuerte temblor de Candelaria del 2 de febrero de 1817, el viejo templo de los negros resistió mejor los sismos que la nueva catedral. Era una iglesia envidiable.

Entonces los canónigos de la catedral se lo adjudicaron; allí fueron a rezar y cantar el oficio. Pero pronto ya no importó, porque ya no había esclavos, los negros habían conquistado su libertad.

Restaurada la catedral, los canónigos abandonaron San Nicolás, templo que, con las guerras de Reforma, se convirtió en cárcel, vigilada por los militares de los conservadores desde las azoteas de la catedral. Los que allí sufrieron no fueron negros sino personas de renombre locales del siglo XIX, como Ponciano Solórzano, quien dejó inscripciones en el recinto, Fernando Castañón y Miguel Utrilla.

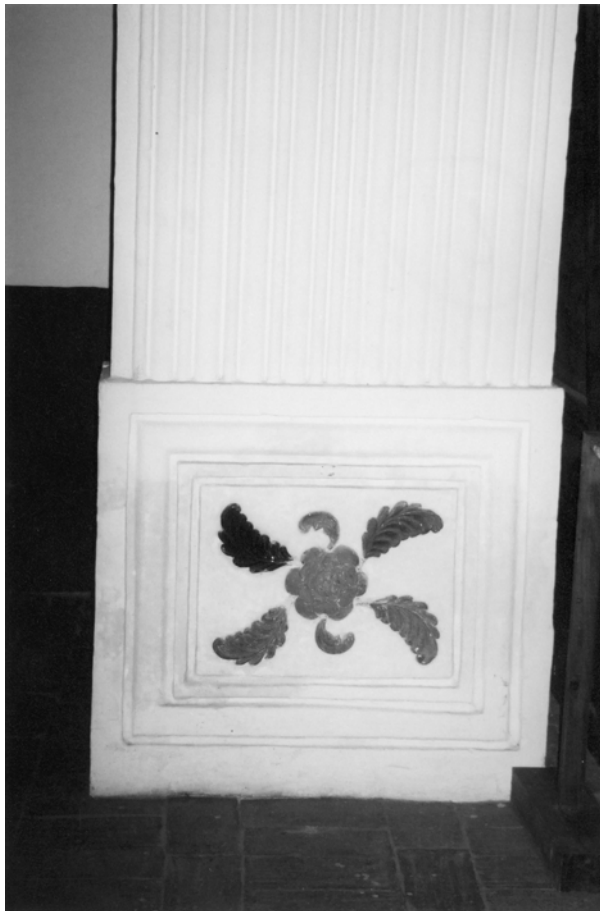
Este último canjeó la cárcel por el exilio, de donde regresó para conquistar la gobernatura de Chiapas e instaurar la paz. Desde la silla del poder, ordenó la primera restauración de su cárcel para su devolución al culto. Uno de los actos importantes de su administración progresista benefició al nuevo barrio de San Ramón (véase Plano topográfico), en donde fomentó la artesanía del barro, ofreciéndole un mercado al lanzar una nueva moda urbana: adornos de cerámica en techos y fachadas.

Estos artesanos cerraron el círculo de las sucesivas transformaciones de San Nicolás porque su barrio se había construido en lo que había sido el rancho de la cofradía negra de la Encarnación el que, con la libertad de los



morenos, ya no tenía más razón de ser. Desde estos terrenos, de donde extraían el barro de su artesanía, decidieron agradecer al ex preso de San Nicolás con un regalo. Fue una innovación en el arte sacro de San Cristóbal de Las Casas porque substituyeron las tradicionales molduras de estuco del arco toral con otras de barro cocido, al pie de la efigie de la Encarnación trazada con el pincel de Andrés de Mazariegos.

Hoy siguen adornando el presbiterio de San Nicolás reformado por los negros, plasmando en su arquitectura un sello más de las etapas por las que transitó, en el transcurso de siglos, la población de color de San Cristóbal de Las Casas.



Molduras de terracota en la base del arco toral, encima del cual luce el símbolo de la Encarnación. El trabajo del barro sigue siendo la especialidad de los artesanos del barrio de San Ramón, construido en 1852 sobre los terrenos del rancho de la Encarnación (véase Plano topográfico en pág. 141). Octubre de 1992